

Ana Alonso

La fiesta del arcoíris

Ilustraciones
de Mercè Canals

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012
© De las ilustraciones: Mercè Canals, 2012
© De las fotografías de cubierta: Getty Images
© De las fotografías de las fichas:
Archivo Anaya; Candel, C. / Anaya
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-667-2953-2
Depósito legal: M. 4083/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

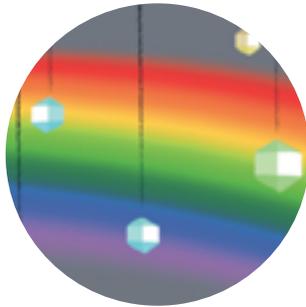
Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La fiesta del arcoíris

Ilustraciones
de Mercè Canals



ANAYA

CAPÍTULO 1

—Lluvia, lluvia y lluvia sin parar —se quejó el rey Tristán mirando por la ventana del Salón del Trono—. ¿Es que nunca va a parar de llover? Este tiempo me deprime... ¡Cómo echo de menos el verano!

—Papá, estás exagerando. —La princesa Enid cogió la mano de su padre y siguió la dirección de su mirada, hacia el cielo encapotado y las verdes colinas—. Occam necesitaba la lluvia, después de tantos meses de buen tiempo. Sin lluvia, las cosechas se estropearían...

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Crees que soy idiota? Tiene que llover para que los campos produzcan trigo y los huertos manzanas, pero yo estoy harto de estar aquí encerrado sin nada que hacer. Con lo bien que lo hemos pasado este verano, yendo de acá para allá en ese castillo móvil que me regalasteis...

Enid sonrió y miró a su amigo Bert, que estaba leyendo un libro sentado en la alfombra, junto al fuego. Las palabras del rey Tristán habían atraído la atención del muchacho, haciéndole levantar la vista del libro.



—Majestad, antes erais muy aficionado a la lectura —dijo—. Recuerdo que cuando llegué a vuestra Corte, os pusisteis muy contento porque traje un montón de libros para vos, de parte de mi padre.

El rey suspiró con tristeza.

—Eran otros tiempos —dijo, pensativo—. Siempre me ha gustado leer, pero ahora, en cuanto llevo un rato leyendo me empieza a doler la cabeza. Y no consigo distinguir bien las letras, las veo borrosas... A veces me pregunto si no habrá sido cosa de nuestra querida Maga Real.

—¿De Milena? —Enid frunció el ceño—. No estarás pensando que esa presumida te ha estropeado los ojos a propósito... ¡Su magia no es tan poderosa!

El rey se encogió de hombros.

—¿Y qué otra explicación hay? —preguntó—. Créeme, Milena me odia más cada día. No ha podido perdonarme la reprimenda que le eché con el asunto aquel del falso castillo de vapor, y desde entonces me mira de una manera que casi me da miedo.

—La solución es fácil, papá —dijo Enid, mirando con expresión seria a su padre—. ¡Destituye a Milena!

—¿Destituir a Milena? No, no, jamás me atrevería —dijo el rey asustado—. Este reino depende demasiado de la magia, y sin un Mago Real estaríamos perdidos...

—¡Pero está Lucius! —dijo Bert desde la alfombra—. Lucius es mejor mago que Milena. ¿Por qué no nombrarlo a él?

—Porque Milena se enfadaría y nos haría la vida imposible a todos —dijo el rey Tristán bajando instintivamente la voz—. Además, Lucius ya tiene un trabajo muy importante, que es ser vuestro profesor y transmitir todo lo que sabe. De eso depende el futuro de este reino.

—Tienes demasiado miedo de Milena, papá. Fíjate, hasta hablas más bajo cada vez que pronuncias su nombre... Pero no hay por qué tenerle tanto miedo. Sobre todo ahora, que está en ese Congreso Internacional de Magos al norte del reino. ¡No volverá por lo menos en dos semanas!

—Es igual —replicó el rey, tozudo—. Milena tiene espías en todas partes. Ese periquito que me regaló, por ejemplo... ¡Estoy seguro de que es un agente suyo!

—Papá, por favor... ¡Es solo un pájaro!

—Sí, ya; pero un pájaro muy listo. Seguramente es mágico, aunque tiene mucho cuidado de no hacer nada fuera de lo corriente cuando nos acercamos a él, para no levantar sospechas.

—¿Y por qué no se lo regaláis a alguien, Majestad?—preguntó Bert—. Así no tendréis que preocuparos por él...

—¡Porque me entretiene! Me he acostumbrado a su presencia. A veces hablo con él, y se me olvida que solo es un pájaro. Me pongo a contarle cosas como si fuera mi amigo Marc... ¡Maldito Marc! ¡Cuando pienso que le pedisteis que regresara a Occam y no os hizo caso!



—Marc volverá antes o después. Debes tener paciencia, papá. Esos estudios científicos que está haciendo en la Tierra nos vendrán muy bien aquí en Occam, cuando los combine con su magia. Pero necesita tiempo para aprender todas esas cosas que saben allí.

—Sí, sí. Tiempo. El caso es que me ha abandonado. Lo siento, chicos, sé que me quejo demasiado, pero es que esta lluvia me está volviendo loco. No puedo salir, no puedo leer... ¡y estoy demasiado deprimido para gobernar!

Enid iba a responderle cuando algo al otro lado de la ventana atrajo su mirada.

—Papá, mira...

Cuando el rey Tristán siguió la dirección de la mirada de Enid, descubrió que sobre el horizonte, a través de una cortina de lluvia, se veía un espléndido arcoíris.

—Vaya, Enid. Eso es... eso es... increíble...

Bert dejó el libro sobre la alfombra y también se acercó a contemplar el espectáculo.

—Ni siquiera Milena puede hacer una magia como esa —murmuró, impresionado—. Siempre me he preguntado cómo es posible que la lluvia produzca algo así... ¿Será que hay magia en las gotas de agua?

—Sí, yo también me he hecho muchas veces la misma pregunta —observó el rey—. O tal vez haya unos seres diminutos en las nubes que provocan ese extraño fenómeno. Una especie de hadas microscópicas...

—¿Creéis que serán los mismos seres que provocan el rayo y el trueno? —preguntó Bert con curiosidad.

El rey frunció el ceño, y puso cara de estar meditando profundamente.

—Bueno, no. Yo creo que no. Seguramente existen dos pueblos rivales en las nubes. Uno de ellos practica la magia negra, y es el responsable de los truenos y los relámpagos. Criaturas peligrosas, si quieres que te diga mi opinión. Probablemente semejantes a pequeños dragones casi transparentes...

—Yo me los imagino más como orcos diminutos —dijo Bert—. Aunque también podrían ser una especie de espíritus invisibles.

—Claro, y seguramente no se llevarán nada bien con ese bondadoso pueblo de los colores —observó el rey con aire soñador—. Seguro que los persiguen a todas horas, y por eso casi nunca les dejan desplegar su magia.

—Excepto cuando llueve —opinó Bert—. Está claro que, cuando llueve, el pueblo del trueno sufre terriblemente, y los truenos y relámpagos que oímos y vemos son su forma de quejarse y de expresar su dolor. En esos momentos, el otro pueblo aprovecha y despliega sus hermosos arcos de colores...

—¡Basta, por favor!

Enid miró con enfado a su amigo Bert, y luego al rey Tristán.

—¿Pero vosotros os estáis oyendo? —preguntó—. Parecéis niños pequeños imaginando disparates sobre





las nubes y la lluvia. Pueblos mágicos microscópicos...
¿Es que habéis perdido la cabeza?

—Occam es un reino mágico, hija, tanto si te gusta como si no —replicó el rey con gravedad—. ¿Por qué no iba a haber pueblos mágicos en las nubes? Es perfectamente posible...

—¡Porque nadie ha visto nunca a esas criaturas! —contestó Enid, que empezaba a perder la paciencia—. Si existieran, alguien las habría visto, ¿no?

—¡Yo no he visto la Tierra, y sin embargo creo en su existencia! —dijo el rey—. Y creo en todas esas historias que me contasteis Bert y tú sobre vuestra visita allí. ¿Por qué no vas a creer tú mis historias?

—¡Porque te las estás inventado, papá! En realidad, no tienes ni idea de por qué se forma el arcoíris.

—Ni tú tampoco —dijo el rey Tristán, ofendido—. Pero al menos, yo reconozco mi ignorancia. Parece que no quieres darte cuenta de que, en Occam, suceden muchas cosas que nadie puede explicar. Es un país mágico, un mundo mágico. Si no lo aceptas, no podrás convertirte en reina cuando llegue el momento.

—Yo no lo veo así, papá. Es verdad que aquí hay magia porque, desde hace siglos, la gente ha creído en ella y ha conseguido inventar hechizos y cosas así. Pero eso no significa que todo sea mágico. Marc piensa lo mismo que yo. Piensa que las leyes del universo son las mismas en todas partes, y que la única forma de estudiarlas es a través de la ciencia.

—O sea, que tú crees que hay una explicación científica para eso del arcoíris —concluyó Bert—. Pero ¿qué explicación puede haber para que de repente, en medio del cielo, aparezca algo tan perfecto? No sé, Enid. En este caso, a mí me parece más cuestión de magia que de ciencia.

—Pues solo hay una forma de saber quién tiene razón —dijo Enid, pensativa.

Su padre se apartó de la ventana y la miró alarmado.

—No, Enid. No estarás pensando en irte otra vez a la Tierra a buscar respuestas, porque no pienso darte mi permiso...

Enid suspiró con resignación.

—Sabía que dirías eso. Está bien, papá, no iré a la Tierra, pero de todas formas voy a pedirle las respuestas a Marc.

—¿A Marc? Enid, Marc está en la Tierra, y yo te he dicho...

—Lo sé, sé que no puedo ir allí. Pero tiene que haber otras formas de ponerse en contacto con él...

—¿Estás pensando en utilizar una bola de cristal? —preguntó el rey.

Enid arqueó las cejas.

—No, papá —dijo—. Estoy pensando en escribir una carta.